

Héroes, ética y ciudadanía

Javier Iván Saravia Salazar
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Orcid: <https://orcid.org/0009-0009-2806-9070>
javier.saravia@urp.edu.pe

RESUMEN

En las siguientes líneas buscamos aproximarnos a la figura heroica en su relación con la ética y la ciudadanía. Destacando su papel en la difusión de valores ciudadanos y la construcción de identidades colectivas. La figura heroica emerge en procesos de cambio y crisis que proyectan los anhelos y valores de la sociedad de su tiempo, por ello, reflexionar sobre su creación y difusión es pertinente en un modo afectado por problemas globales, como la “gran corrupción” y la crisis de la política. También debemos destacar el complejo contexto actual para la generación de identidades colectivas y la difusión de la figura heroica para finalmente señalar la relación que estas figuras heroicas tienen con la generación de emociones políticas positivas, así como el papel de la sociedad civil y los medios de comunicación en la formación y difusión de la figura heroica.

PALABRAS CLAVE: Héroes, ciudadanía, emociones políticas, ética, corrupción, siglo XX y XXI

Heroes, ethics and citizenship

ABSTRACT

In the following lines we seek to approach the heroic figure in his relationship with ethics and citizenship. Highlighting its role in the dissemination of citizen values and the construction of collective identities. The heroic figure emerges in processes of change and crisis that project the desires and values of the society of his time, therefore, reflecting on its creation and dissemination is pertinent in a way affected by global problems, such as «great corruption» and crisis of politics. We must also highlight the complex current context for the generation of collective identities and the dissemination of the heroic figure to finally point out the relationship that these heroic figures have with the generation of positive political emotions, as well as the role of civil society and the media. communication in the formation and dissemination of the heroic figure.

KEYWORDS: Heroes, citizenship, political emotions, ethics, corruption, 20th and 21st centuries

Introducción

Las figuras heroicas han estado presentes a lo largo de las diferentes civilizaciones; son construcciones simbólicas comunes a la formación de las sociedades y sustentos culturales de ellas. Son figuras que representan valores, tradición y principios de cada sociedad, además, construyen identidades colectivas, facilitando la “construcción imaginada de la nación” (Anderson, 2000). Así, la imagen de la heroicidad contribuye a desarrollar el sentimiento de pertenencia en cada uno de los miembros de la comunidad, pues encarnan los valores y virtudes que sus contemporáneos destacan. No operan de manera abstracta, sino que son difundidas y evocadas para conseguir influenciar a la acción a la sociedad sirviendo como paradigmas de las conductas sociales deseables en los ciudadanos.

Como ha destacado González (2015) las figuras heroicas deben entenderse como “herramientas de sensibilización” o “vehículos emocionales”, y es por ello que han sido utilizados como referentes para construir a partir de ello las nacionalidades y el espíritu cívico. Sus acciones se convierten, de acuerdo a lo propuesto por Carlyle (1985) en motores de la propia historia, “el culto a los héroes es admiración trascendente a un gran hombre”, pues es “él en estos momentos y en todos los momentos, el agente vivificador de la vida del hombre”, y “la sociedad está fundada en el culto al héroe” (p. 40). Así, se aludirá al héroe como divinidad tomando a Odín y al paganismo; como profeta considerará a Mahoma y el islamismo; como poetas tomará en cuenta a Dante y Shakespeare; como sacerdotes mencionará a Lucero (la Reforma) y Knox (Puritanismo); como literato se referirá a Johnson; Rosseau y Burns; y, finalmente, como rey, considerará a Napoleón, aunque también hará referencia a Cronwell. La sociedad que los recuerda los toma como modelos de conducta.

Como nos recuerdan Alvar y Blásquez (1997) lo más importante del acto heroico no es su valor intrínseco, como pretenderían los más idealistas moralizantes. Lo más heroico es persistir indeleblemente en la memoria de los mortales, es decir, su adecuación a los espejos del reconocimiento que cada comunidad posee en cada momento. El peor enemigo del héroe es su alejamiento de los valores imperantes, que pueden convertirlo en un fantasma grotesco (p. 12). Los héroes contienen un discurso histórico, el mismo que es utilizado a lo largo del tiempo para justificar un hecho, sea este una dominación territorial, una estirpe, una dinastía, un referente de la comunidad o un elemento de cohesión. Los héroes están asociados a los momentos en los cuales las sociedades se enfrentan a la necesidad de cambiar sus normas, de

transformarse y adaptarse a nuevos contextos que ponen en peligro la supervivencia de su sociedad.

La comunidad percibe que está en una encrucijada donde se pone a prueba su propia existencia. Por ello, el recuerdo del héroe está asociado a aquella persona que condujo a su comunidad por el camino adecuado. Es un proceso por el cual el héroe es investido de poderes que lo despojan de su carácter privado para ser el receptor de los aspectos generales y trascendentes de su sociedad.

Sin embargo, la figura heroica, en el contexto actual, se hace mucho más difícil de ser reproducida o que ejerza influencia real en la acción de las personas, dado los tiempos mucho más individualistas en los que nos desenvolvemos y en donde los paradigmas colectivos han perdido presencia en los ideales, anhelos y expectativas de la sociedad. Como ha destacado Zygmunt Bauman, en sus múltiples trabajos sobre lo que le denomina “los tiempos líquidos”, las instituciones que cohesionaron a hombres y mujeres durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, como la familia, la religión, las ideologías políticas y el nacionalismo, perdieron protagonismo en la configuración de las identidades. Así, en un mundo sacudido por cambios vertiginosos y el acelerado proceso tecnológico producto de la globalización generó un ebullición de identidades étnicas, localistas, y el individuo se alejaba de discursos e ideas colectivistas¹ (Bauman, 2005).

Nuestro país es un claro ejemplo de ello, en los años ochenta de la pasada centuria, el campo social y político estaba aún dominado por el espíritu colectivista que se manifestaba a través de asociaciones de vecinos en los diferentes municipios, la militancia política en partidos de derecha, centro e izquierda, y en las iglesias católica y evangélica. Todo ello dentro de un clima de precariedad y violencia. Un estado ineficiente abrumado por la crisis económica y la violencia antisubversiva, una sociedad golpeada por la crisis económica, la violencia terrorista y la represión estatal². Martucelli (2015) señala con acierto que, tras el fracaso del gobierno aprista (1985-1990), la sociedad peruana se transformó, pues su fracaso supuso el fin de los intentos colectivistas. Tras las reformas estructurales de los años noventa, la sociedad experimenta un proceso de individualización extrema, en donde si bien se respetan las diferencias, la práctica social de los peruanos permite soportarnos más, pero no por ello nos facilita pensar juntos en proyectos colectivos integradores. Lo arraigado

1 Sin embargo, hay que destacar, como el mismo Bauman (2005) lo hace en *Ética posmoderna*, que también el advenimiento de la posmodernidad y la globalización significó la aparición de nuevas reivindicaciones en torno a la identidad que eran impensables bajo la ética y la moral decimonónica y de las primeras décadas del siglo XX.

2 El último gran flujo migratorio del campo a la ciudad en nuestro país se produjo en este contexto. La diseminación de peruanos por el mundo se produce en este periodo también, y fue conocido en su momento como el “éxodo peruano”, debido a que miles de peruanos abandonaron el país ante la falta de oportunidades y atemorizados por la violencia. Tanto de personas de clase media alta y baja, como sectores populares que a través de vías legales e ilegales migran al exterior en busca de mejores perspectivas de desarrollo.

de la informalidad en la sociedad peruana, vendría a representar ello, pues la imposibilidad de poder formalizar, es decir de crear y fortalecer instituciones, nos indica la dificultad de priorizar el bien común frente al beneficio individual.

En ese sentido, el mundo contemporáneo hace difícil construir figuras heroicas y que estas puedan influir en la sociedad. En las siguientes líneas queremos reflexionar sobre esta dificultad, pero además de dar cuenta de lo necesario de reivindicar figuras heroicas en el plano civil para hacer posible la vida democrática. Ello en un contexto de tanta incertidumbre como el actual, donde precisamente la sociedad se ve asediada por males tales como el autoritarismo, la crisis económica, la corrupción, el pragmatismo y la desesperanza. Frente a este contexto las figuras heroicas nos hacen reflexionar en quizás el mayor dilema ética del individuo, el de priorizar el bien común frente al beneficio o bienestar personal. Es precisamente el “héroe” o “heroína” que afronta este dilema, pues el bien común puede o no puede estar acorde con el beneficio personal, e incluso aunque esté acorde con nuestros intereses puede demandar un alto costo para quien decide lo colectivo frente a lo individual. Así, como lo ha destacado Gabriela McEvoy (2008) reflexionando sobre la figura de María Elena Moyano³ “la construcción social del héroe/heroína nacional como símbolo de coraje y resistencia surge generalmente dentro de un periodo de crisis social, política y económica” (p. 83).

La paradoja de la heroicidad en el mundo contemporáneo

Es interesante que en años recientes los estudios sobre la figura heroica se hayan incrementado, rescatando precisamente su importancia para la articulación de la sociedad con determinados valores, contextos específicos y las expectativas de la sociedad. Como ha destacado González (2015) “se ha aprendido la necesidad de analizar los estudios históricos, conjuntamente con los lenguajes ideológicos y las categorías políticas, el papel de las en la construcción del discurso político (p. 14). Esto aunado a la llegada al cine de los superhéroes del cómic en versiones *live action*⁴ (Encinas, 2016). Siendo ello un síntoma de la ausencia de los referentes de heroicidad en la sociedad

3 María Elena Moyano Delgado, conocida como Madre Coraje, fue una luchadora social y dirigente vecinal de Villa El Salvador. Durante la época del terrorismo en el país, se alzó públicamente en contra de la organización maoísta Sendero Luminoso; y fue asesinada en Lima a los 33 años de edad por un comando de aniquilamiento de aquella agrupación. Como acto ruín de sus asesinos, su cuerpo fue dinamitado. Se convirtió en un símbolo popular en contra de la lucha antiterrorista desde la sociedad. Fue asesinada el 15 de febrero de 1992, la captura del líder terrorista Abimael Guzmán se producirá el 12 de setiembre del mismo año.

4 Hasta el momento el sello Marvel Studios ha producido y estrenado 34 películas del Universo Cinematográfico de Marvel (UCM). Además, hay otras 10 películas en desarrollo. La primera película fue “Iron Man” en 2008, La fase 3 del UCM es la más conocida y está conformada por 11 películas, desde Capitán América: Civil War (2016) hasta Spider-Man: Lejos de casa (2019).

actual, impregnada por el individualismo en desmedro del bien común. Las historietas, cómics, y mangas, se han vuelto los nuevos medios por los cuáles se difunde la heroicidad, y la ética “moderna” o “contemporánea”, que las personas consideran valiosa ante las disyuntivas de la vida. Pues introducen y desarrollan de forma vívida algunas de las cuestiones más importantes e interesantes a las que se enfrentan todos los seres humanos: cuestiones relativas a la ética, a la responsabilidad social, a la justicia, a la delincuencia y a el castigo, al pensamiento y a las emociones humanas, a la identidad personal, al alma, al concepto de destino, al sentido de nuestras vidas, a la amistad, al amor, etc.⁵

Desde el campo de vista de las identidades colectivas, ya habías señalado que los ideales colectivos entraron en crisis hacia la última década del siglo XX, tras la caída de los metarrelatos representados por las corrientes progresistas, socialistas y comunistas que desaparecieron a nivel mundial tras la caída del muro de Berlín, en el plano regional con la crisis económica de los años ochenta y el colapso de los populismos y gobiernos progresistas en América Latina, y en el plano nacional, por la crisis económica y política, la violencia terrorista y la implementación en los años noventa de las reformas estructurales neoliberales⁶, que dan al país una nueva configuración mucho más pragmática y cortoplacista, acordes con el modelo neoliberal que se implanta a nivel mundial. Hasta los años ochenta puede rastrearse identidades colectivas vinculadas a los partidos de izquierda y progresistas, que buscaban acercarse a la organización vecinal en los otrora “conos” de Lima (las ahora nuevas Lima sur, norte, este), que entre los años sesenta y ochenta eran muy dinámicos frente a la inoperancia estatal.

Un primer diagnóstico de los cambios sucedidos en el plano de las identidades populares, nos la ofrece Gonzalo Portocarrero (2001) cuando identifica tres “poéticas del sujeto” entre los jóvenes peruanos a inicios del siglo XX: “el hombre exitoso” y “el auténtico” como reflejos del nuevo individualismo dominante y “el militante” como un rezago de las ideas colectivistas del siglo XX. Portocarrero define las poéticas como “discursos que establecen lo que la sociedad desea de sus miembros”, entendido “como aquello” que debe internalizarse “como metas y anhelos para ser reconocidos y valorados por el *Gran Otro*, por la cultura hegemónica, y por tanto, por casi todos los demás” (p. 13). Así, la poética del hombre exitoso vendría a representar el punto

5 Esto no es algo tan nuevo, dentro de las industrias culturales puesto que ya Umberto Eco nos hablaba en El superhombre de masas, de la existencia desde la cultura popular de íconos morales dentro de la literatura que representaban ideales tanto éticos como humanos, desde la labor caritativa del príncipe Rodolfo en Los misterios de París (1842) de Eugenio Sue, cuyo realismo y humanismo hizo pensar a muchos lectores que su personaje era un ser real, hasta el Conde de Montecristo (1846) de Alejandro Dumas con Edmundo Dantés buscando saciar sus ansias de justicia.

6 Hay que recordar que el Perú, fue el país en América del Sur, donde las reformas estructurales se aplicaron de manera más radical, y de las que no hubo retrocesos, gradualidad o modificaciones.

máximo del individualismo, en donde solo importa el éxito material sobre todo lo demás, donde prima el yo sobre el grupo. La poética del hombre auténtico, representaría, la evasión de la realidad social por la persecución de un ideal muy individualista de realización personal, en donde prima alcanzar una plenitud espiritual pese a las adversidades del contexto social, económico y político, sin que ello signifique una posición crítica o cuestionadora del sistema. Finalmente, la última poética, “el militante”, es aquel que busca que sus expectativas y anhelos personales coincidan con propuestas colectivas de bienestar. No entiende su búsqueda personal de bienestar sin la responsabilidad de contribuir a planes o proyectos colectivos por el bien común.

Con la tecnología, asistimos a un nuevo relato humano, que si bien no es nuevo como nos recuerda Bauman (2005) en épocas anteriores adoptó la forma de épica, saga o novela y ahora se exhibe en pantallas de televisión y monitores de ordenador. El nuevo relato se crea en el espacio virtual, que nos genera más empatía o cercanía como un mundo digital, artificial. Lo cual ha generado nuevos “bloques mentales”, un deliberado “olvido del Otro”, que nos desconecta con vuestro entorno inmediato y dificulta la relación con los individuos de su propia comunidad, y por ello crear vínculos más cercanos y reales.

Este es el contexto que hace tan difícil la emergencia de figuras heroicas puesto que estas figuras dependen de su vinculación con el bien común. Si no es posible construir el bien común o aspirar a él, no es posible que emerjan estas figuras heroicas. Pero, ¿por qué estas figuras heroicas son necesarias? y ¿qué es lo que conmueve en las personas la figura heroica?

El humanismo del héroe

Una respuesta a las interrogantes planteadas nos la ofrece Bauzá (2007), quien nos dice a propósito del héroe clásico, que nos conmueve no por lo que posee de divino, sino por lo que tiene de mortal. Los griegos describían a los humanos como los mortales. Generalmente, el héroe es un personaje semidivino, pero es su condición de mortal lo que le hace digno de admiración, puesto que pese a sus sobresalientes cualidades tiene que afrontar el riesgo de perder la vida, en la defensa de los ideales que su sociedad, y el mismo valora. En ese sentido Kerényi (1991) señalaba que “la gloria de lo divino que cae sobre la figura del héroe, está extrañamente mezclada con la sombra de mortalidad”, y es esa condición de efímero la que lo aproxima a nosotros y merced a la cual lo sentimos cerca. Incluso más, por lo semejante de algunas de sus acciones o bien por un juego de espejos o proyecciones, estas figuras heroicas muchas veces nos ayudan a despertar el heroísmo que anida en cada uno de nosotros (Bauzá, 2007, p. 123).

Los héroes fueron tenidos por hijos de una divinidad y de un ser mortal, y debido a esa singular genealogía, los antiguos veían en ellos una suerte de naturaleza mixta. Valorándose muy especialmente, su condición virtuosa que se ve reflejada en los diversos esfuerzos que emprende y en los sufrimientos que padece por superar la mitad humana de su naturaleza. Y es precisamente a causa del citado aspecto mortal que los hombres se sienten más próximos a los héroes que a los dioses los que, adscritos a la inmortalidad, parecen contemplar con indiferencia el sufrimiento y la miseria de los seres humanos (Bauzá, 1998).

El recurso al héroe mitificado cumple dos requisitos que lo hacen particularmente útil en la retórica discursiva de incitación a la acción. Sobre el culto al héroe, (Bauzá, 2007) nos dice que “no es en el aspecto que atañe a su naturaleza semidivina, sino en la medida en que se instituye como personaje digno de ser imitado en cuanto a la *areté*” (excelencia) “de sus acciones humanas”, que “se convierte en modelo para la comunidad que lo honra con su culto” (págs. 28-29). Pero el héroe es un personaje histórico o ficticio, que está presente en la memoria colectiva de un grupo por diferentes motivos, al que se le puede vincular con una serie de conceptos como “libertad”, “patria”, “derechos”; conceptos que expresan diferentes significados, dependiendo de los elementos cognitivos personales y sociales. Lo que hace al héroe del pasado más significativo frente a otras referencias históricas, es que provoca emoción en el autor que lo menciona y en el público que lo lee u oye (González, 2015, p. 18). Así, se crea una corriente de empatía entre el autor, el personaje heroico (sea este histórico o ficticio) y el público que predispone o facilita la transmisión del mensaje ideológico. Y con ello los conceptos abstractos como por ejemplo la libertad, la igualdad, la solidaridad, suscita adhesiones emocionales importantes, al ser presentadas a modo de *slogans*, teniendo a los héroes como encarnaciones de estos conceptos, como lo señala González (2015) “el héroe histórico (o ficticio) permite focalizar la emoción sobre un personaje y de esta manera transferir esta emoción a los conceptos abstractos deseados” (p. 19).

Lo heroico y la ética para la ciudadanía

El tema ético es hoy un tema urgente de ser retomado y reflexionado en todos los ámbitos de la vida en sociedad, una necesidad para lograr una vida digna del ser humano. Por ello, es necesario procurar ver los problemas éticos de manera integral, no aislarlos de la totalidad de nuestra existencia humana. Y ello nos lleva a plantarnos

como los valores difundidos por los personajes heroicos, se relaciona con una cultura cívica democrática y las emociones que despiertan.

En ese sentido, Simons (2018) nos dice que “el ser humano no puede resolver su vida sin la ética”. Pensemos qué pasaría si no tuviéramos ningún principio ético. Sería la “ley de la selva”, entendida como una ausencia total de toda ley o norma. “Si el hombre ha progresado y ha logrado sobrepasar el estado puramente animal es gracias a la ética, que nos permite no vivir como lobos entre lobos sino como humanos entre humanos” (Simons, 2018, pág. 15).

La ética se refiere a la experiencia de “la medida en la convivencia humana, y a la conciencia de los límites que no debieran sobrepasarse para poder hacerla posible” (Giusti, 2010, pág. 14). Naturalmente, no siempre se ha trazado el límite en el mismo lugar ni la conciencia se ha mantenido invariante en la historia, se ha ido produciendo una evolución de nuestra conciencia moral a lo largo del tiempo, por lo que la caracterización de esta conciencia no está exenta de controversias. Los personajes heroicos a través de sus acciones delimitan esas fronteras de la moralidad, pues en los relatos que los recuerdan educan al público sobre esa medida del comportamiento frente a los valores sociales dominantes entendidos estos relacionados con el bien común.

Desde una perspectiva práctica, Barrington Moore (1996) nos dice que la moralidad y la ética se componen de las reglas que los seres humanos específicos han creado y que han persuadido o bien obligado a otros a aceptar con el fin de trabajar y vivir juntos. Equipados los seres humanos de manera muy pobre para la supervivencia con el puro fundamento biológico, con la importante excepción del cerebro, deben cooperar de alguna manera si quieren permanecer vivos. La supervivencia no es sino el prerequisite mínimo absoluto para los otros propósitos colectivos a los que sirven las reglas morales (págs. 112-113).

Las figuras heroicas encarnan valores y principios éticos valiosos para sus respectivas sociedades, cumpliendo en ese sentido un rol propagandístico de la ética y la moralidad que consideran digna de reproducirse, como en el contexto post guerra con Chile y de reconstrucción nacional cuando el patriotismo debía de ser difundido entre la sociedad civil, para resistir frente a la ocupación chilena, así en el panteón nacional tenemos la presencia robusta de Miguel Grau y Francisco Bolognesi, que exaltan el nacionalismo, el patriotismo, el amor a la patria tan extremo que lleva al sacrificio máximo de ofrecer la vida por la defensa del país.

Si bien, existen diferentes nociones sobre la ciudadanía, para nuestra exposición nos remitimos a la definición del sociólogo Sinesio López (1997) señala cuatro elementos básicos que definen la ciudadanía moderna:

1. El ciudadano es un individuo [...] o un conjunto de individuos [...] que no tiene relaciones de dependencia personal o que ha roto con ellas y que, por eso mismo, es relativamente autónomo.
2. El ciudadano es un individuo o una comunidad de individuos con derechos que son enfatizados frente a las tradicionales responsabilidades que imponían los Estados premodernos.
3. El Estado moderno [...] reconoce el claro predominio de los derechos sobre las responsabilidades y ofrece una serie de garantías constitucionales, organizativas e institucionales y recursos para concretarlos, a diferencia de la relación tradicional, en la que se enfatizaban las responsabilidades ante el Estado sobre los derechos de los individuos.
4. La ciudadanía implica un sentido de pertenencia y de membresía a una determinada comunidad política entre cuyos miembros se establecen relaciones de interdependencia, responsabilidad, solidaridad y lealtad (págs. 117-118).

Así, López nos ofrece el siguiente concepto: “El ciudadano es un individuo o comunidad de individuos con derechos garantizados por el Estado y con responsabilidades hacia la comunidad política de la que forma parte” (p. 118).

Las emociones políticas y el “despreciar el mal”

Tradicionalmente, nos recuerda Martha Nussbaum (2014), tenemos una visión negativa de las emociones políticas, en el sentido de que nos remite a los periodos más oscuros de la historia de la humanidad, como el Holocausto, justificado por el nazismo, los regímenes totalitarios fascistas y comunistas; los exterminios étnicos, o el reciente fenómeno de los “patriotas indignados”⁷. Producidos desde el poder, desde lo político y que generaron adhesiones exacerbadas en los ciudadanos. Al respecto nos dice:

A veces, suponemos que solo las sociedades fascistas o agresivas son intensamente emocionales y que son las únicas que tienen que esforzarse en cultivar las emociones para perdurar como tales. Esas suposiciones son tan erróneas como peligrosas. Son un error porque toda sociedad necesita reflexionar sobre la estabilidad de su cultura política a lo

⁷ En el contexto actual uno de los grandes problemas de la humanidad es la inmigración, lo que ha generado en Europa y recientemente en América Latina, reacciones políticas xenófobas que suponen un capital político negativo, puesto que ha dado lugar a la formación de partidos políticos que tienen en su base políticas “nacionalistas”, aunque en la práctica son chauvinistas, y reproducen recursos de odio hacia el migrante al considerarlo lo que consideran diferente o peligroso para su comunidad.

largo del tiempo y sobre la seguridad de los valores más apreciados por ella en épocas de tensión. Todas las sociedades, pues, tienen que pensar en sentimientos como la compasión ante la pérdida, la indignación ante la injusticia, o la limitación de la envidia y el asco en aras de una simpatía inclusiva (Nussbaum, 2014, p. 15).

En ese sentido ella rastrea las emociones vinculadas a la política, al nacionalismo y la unidad, y que no posean este componente de violencia o lo negativo destacando el papel de las humanidades y las artes para la formación de una conciencia crítica ciudadana dentro de la lógica del liberalismo político. En ese sentido nos dice que:

A las personas reales las mueve a veces el amor por los principios justos presentados simplemente como tales, en su versión abstracta; pero la mente humana es extravagante y particularista, y es más fácilmente capaz de concebir una adhesión fuerte si esos principios elevados son conectados con un conjunto particular de percepciones, recuerdos y símbolos más hondamente enraizados en la personalidad y en la sensación que las personas tienen de su propia historia. Esa manera de fomentar y encauzar las emociones puede descarriarse con facilidad y propiciar la estabilidad, sí, pero por las razones equivocadas (por ejemplo, para afirmar la superioridad de una determina la tradición histórica o lingüística particular). Ahora bien, si se amarran firmemente las fuentes de la memoria histórica a los ideales políticos, siempre es posible trascender ese tipo de problemas y los símbolos pueden adquirir un poder motivador que las crudas abstracciones nunca podrían exhibir. Esto pasaría también incluso en la sociedad bien ordenada, pues sus ciudadanos serían, a fin de cuentas, seres humanos, dotados de imaginaciones humanas limitadas. Pero en las sociedades imperfectas que, aun siéndolo, aspiran a la justicia, la necesidad de relatos y símbolos particulares se hace más imperiosa si cabe (p. 25).

Y llegados a este punto, es detenernos en la construcción de la imagen heroica, y en qué sectores de la sociedad recae esta construcción y difusión de lo heroico entre los ciudadanos. Al respecto McEvoy (2008) destaca el papel de las elites, la sociedad civil y los medios de comunicación en la construcción del héroe. Que, como hemos señalado aparece y se difunde en contextos especialmente complejos para su sociedad, buscando sensibilizar y movilizar a la ciudadanía hacia una causa determinada. Aunque destaca que no necesariamente se va a generar esta adhesión en el entorno inmediato a la figura heroica, es decir simpatizantes, personas cercanas a la figura heroica, su imagen sirve para unificar a otros actores y plasmarse como un ideal de unidad en torno a las propuestas de las elites políticas⁸. Así el papel de los medios

⁸ En ese sentido, en el caso que analiza de María Elena Moyano, descubre que el terror influido por Sendero Luminoso en el entorno popular de Villa El Salvador, amedrentó la participación popular, contratando la poca

de construcción en la construcción de la heroicidad ha estado presente en el periodo de la violencia política con el caso de María Elena Moyano, y frente a la corrupción política en figuras como Fernando Belaunde y Valentín Paniagua, que vienen a representar ejemplos paradigmáticos de compromiso y rectitud ético-moral.

Estos personajes sintetizan la legitimación y el prestigio adquirido con el tiempo y, recuerdan ciertos acontecimientos con una fuerte carga emocional. La recuperación de hechos del pasado en los cuales los héroes se vieron involucrados, refleja ideológicamente el deseo de legitimación de hechos actuales. Los hechos pasados adquieren una importancia retórica y legitimadora en cuanto que están asociados con héroes poseedores de una fuerte carga emocional. La razón para esa vinculación subyace en los valores encarnados por los héroes con los cuales la sociedad actual se identifica o quiere identificarse (González, 2015).

Desde hace unos años hemos sido conscientes del alto grado de corrupción a la que llegaron buena parte de nuestros políticos, empresarios e intelectuales y con ellos nuestras instituciones políticas. Ello nos ha hecho poner en evidencia tanto la fragilidad de nuestras instituciones como de la poca importancia de nuestra dimensión moral por parte de los actores sociales. Hemos visto, y seguimos viendo, caer en la inmoralidad a políticos e intelectuales de distintas tendencias y calidades intelectuales. Incluso en personas que fueron críticas a gobiernos anteriores de la década de los ochenta y noventa, ahora caen en los mismos juegos ilícitos e inmorales. Como ha señalado acertada y preocupantemente Miguel Ángel Polo (2004) estamos pasando peligrosamente de la desesperanza al cinismo. Los personajes han cambiado, pero las actitudes son semejantes, con un agregado: “creer que todo vale”. Ello quiere decir que requerimos revisar nuestras instituciones y creencias, pero también hacernos un serio “examen de conciencia”, para no creer que el problema siempre está en los otros (Polo, 2004, p. 13).

En ese sentido considero relevante destacar la posición de Victoria Camps (2012), al señalar que “no basta conocer el bien, hay que desearlo; no basta conocer el mal, hay que despreciarlo” (p.13). En tiempos como los actuales desbordados por problemas globales como la gran corrupción y el cambio climático, como por problemas locales como la discriminación, la desigualdad, y el autoritarismo, se hace más necesaria la actitud crítica, y redefinir como sociedad los valores ético ciudadanos a los que aspiramos. Y eso se materializa en el recate y creación de figuras heroicas, por parte de la sociedad civil, en donde se destaque la superación de un individualismo indiferente al bien común, que no necesariamente tenga en un sacrificio ciego por

participación ciudadana a sus marchas por la paz en contraste a los diez mil asistentes a su entierro. Además de que mientras se tuvo muestras de unidad y gestos de pesar entre las elites políticas conservadoras de derecha y centro derecha por su fallecimiento, no se produjo las mismas muestras de pesar o solidaridad dentro de los rostros políticos más visibles de la izquierda, posición política de la que siempre se sintió cercana (McEvoy, 2008).

el colectivo y que niega la propia individualidad, sino que sus acciones puedan poner en balance que el bienestar individual también depende del bienestar colectivo. Quizás, el ejemplo más cercano a nuestro contexto actual, lo representa la corrupción, tan arraigada en nuestra sociedad y con la que en general los peruanos hemos sido y aun somos, bastante tolerantes. En la actualidad la corrupción ha evidenciado el impacto directo en la calidad de vida de las personas, y en ocasiones, aunque no somos tan conscientes, como ellas atentan directamente contra los derechos y la vida de las personas. En áreas como la salud, la administración de justicia, la construcción de una obra pública. La adquisición de productos defectuosos, obras sobrevaloradas, la impunidad, son consecuencias reales, tangibles que el ciudadano afronta a diario. Por lo cual, anhelar el bien y despreciar el mal cobran pleno sentido, para la construcción de la ciudadanía.

A modo de conclusión

La figura heroica a nuestro entender contribuye con la vida democrática y el desarrollo de la ciudadanía en tres aspectos: 1) de inspiración y modelo a seguir, 2) la construcción de una entidad colectiva y 3) la determinación del bien público.

Como Martha Nussbaum, consideramos necesario la valoración de la vida pública, entendida como el ejercicio de la política, actividad que no es exclusiva de los políticos. Y que debe ser reivindicada también por el ciudadano de a pie. Porque los héroes desde los tiempos mitológicos, pasando por la formación de los nacionalismos y los mitos fundacionales nacionales, hasta la llegada de los comics y animes, han representado y representan los valores sociales apreciados por la sociedad.

Las figuras heroicas, nos permiten condensar los ideales, anhelos, expectativas y valores que la sociedad considera necesaria para su cohesión y supervivencia, y es la sociedad civil, los medios de comunicación, y el ciudadano de a pie los encargados de recatar y construir estos personajes heroicos, entendiendo que encarnan el bien común y en última instancia nuestro desprecio del mal.

Bibliografía

- Aljovín, C (2000). *Caudillos y Constituciones Perú: 1821-1845*. Lima: FCE / PUCP.
- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* México: FCE,
- Bauzá, H. (2007). *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. México: FCE.
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito*. México: FCE.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.
- Camps, V. (1993). *Virtudes públicas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Carlyle, T (1985). *Los héroes*. Madrid: Sarpe.
- Casalino, C. (2008). *Los héroes patrios y la construcción del Estado-nación en el Perú (siglos XIX y XX)*. Tesis para optar el grado académico de Doctoren Ciencias Sociales, UNMSM.
- Douglas, M. (1986). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Eco, U. (1995). *El superhombre de masas*. Madrid: Editorial Lumen.
- Encinas, A. coord. (2016). *El antifaz transparente. Antropología en el cine de superhéroes*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Finley, M. (1966). *El mundo de Odiseo*. México: FCE.
- González, A. (2015). “Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos”, en *Historiografías*, N° 10, pp.12-30.
- López, S. (1997). *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepción, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: IDS.
- Martucelli, D. (2015). *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías sociales*. Lima: Cauces Editores.
- McEvoy, G. (2008). La construcción de la imagen heroica a través del discurso periodístico. El caso de la activista peruana María Elena Moyano, en *Historia Crítica*, N° 35, pp. 82-104.
- Nusbaum, M. (2014). *Emociones políticas ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Paidós.